

sús triunfaba en el derecho, en la filosofía y en la literatura, y de todas partes se acudía á oír la elocuente palabra de los Basilius, de los Agustines, de los Ambrosios, de los Gregorios y de los Crisóstomos; de manera que después de la autoridad de estas lumbreras de la ciencia y de sus obras, comentadas y reproducidas en el transcurso de los siglos por una serie no interrumpida de aventajados y esclarecidos discípulos, el error en materia de religión fué dogmáticamente vencido, y no quedó de él más que la idea principal, conservada por la obstinación de sus partidarios, que no tenían para apoyarla más que el orgullo y la voluptuosidad.

ROMA CRISTIANA.—TRAICIONES DE BIZANCIO

Si desde la circunferencia y extensión maravillosa de la Iglesia dirigimos nuestra mirada á su centro, veremos un espectáculo no ménos admirable y divino. En la Roma pagana, del mismo cimiento y naturaleza de los elementos purificados y transformados, se veía levantarse otra Roma, la Roma de los Papas, la Roma católica, el centro, el eje y el foco del mundo nuevo. Se sentía allí el corazón de Dios, y estaba visible la acción constante de la divina Providencia. Toda la historia del mundo anterior á Jesucristo concurre á conducir á Pedro á Roma, y toda la historia del mundo después de Jesucristo tiende á hacer de esta ciudad la silla del reino espiritual predicho por los Profetas. En

Roma es donde ha tenido lugar el combate más fuerte y tenaz entre la verdad y la mentira; y si bien todas las Iglesias al nacer han sido regadas con la sangre de los mártires, la de Roma, no sólo fué regada, sino que estuvo inundada de ella por espacio de trescientos años, y debido á ese sacrificio diario de sí misma, y en virtud de su vocación sublime, es como logró robustecer y atestiguar su primacía sobre las demás Iglesias particulares del mundo. Nada la intimida, nada la debilita y nada es capaz de hacerla desmayar. De cada grano aplastado por la opresora piedra de la persecución nace una abundantísima cosecha de elegidos, cuyas espigas, dispersas por la tempestad, van á hermo-sear y á llenar de fieles todos los contornos de la tierra. La muerte, que en las demás cosas lo consume todo y con todo concluye, llegó á ser entonces, en virtud de un milagro de Dios, una fuente de vida para la Iglesia romana en particular, y así se veía disminuir continuamente la ciudad pagana y aumentar la ciudad cristiana, hasta el punto de haber llegado un momento en que la espada de los Césares no se atrevió ya á causar más víctimas, temiendo que la ciudad quedase desierta. Como si la Roma pagana, esa ciudad responsable de toda la sangre inocente que se ha derramado sobre la tierra, no se desmoronase con bastante rapidez, Dios remueve todavía los pueblos y arroja sobre el imperio legiones insaciables que le arrasan, le llenan de sangre y le destruyen completamente. Cuando se pregunta á los jefes de esas hordas terribles cuál es la causa de su encar-

nizamiento y de su ferocidad, responden que ellos eran los ejecutores de las órdenes de Dios y el instrumento de las divinas venganzas. Por su brazo, efectivamente, la justicia divina hacía que los romanos expiasen los infinitos crímenes que habían cometido contra la humanidad y contra los santos. El circo de Roma se había agrandado tanto como su imperio, y en todos los puntos de ese inmenso círculo corría á ríos en justo castigo la sangre de aquellos que habían gritado: «¡Los cristianos á las bestias!»

Bajo el esfuerzo incesantemente renovado de esa tromba sangrienta, que arrebató furiosamente al mundo antiguo, sola la Iglesia quedaba de pié, ocupándose en llenar ese cáos del germen de la futura sociedad. Ella se presenta delante de los bárbaros con la cruz en la mano, y da principio á su conversión con un valor y una abnegación que eran entonces y serán hasta el fin del mundo la admiración de la historia.

De Bizancio, adonde había trasladado Constantino su imperio, no venía auxilio alguno, sino que más bien venían de allí los peligros. Bizancio se llamaba la segunda Roma, pero en realidad quería ser la primera, y, bajo el nombre cristiano, la idolatría imperial hacía renacer allí el paganismo. Constantino se engañó al retener el pontificado soberano de los dioses; y esa precaución de la política humana fué pronto muy funesta á la dinastía de hombre tan grande y al nuevo edificio imperial, en cuyos fundamentos se había puesto un material tan falso. Era

preciso que ni él hubiese llevado consigo el pontificado de los dioses, ni tampoco le hubiese dejado, sino haberle abolido y destruído; porque ya era demasiado mal con que quedase de él sólo el nombre, pues por haber sido los emperadores paganos pontífices de los dioses, los sucesores de Constantino se creyeron también pontífices de Jesucristo; y así ellos intentaron continuamente gobernar la Iglesia, alterar su doctrina y hacer, por medio de los sacerdotes de la corte y de los eunucos, lo que no hubieran podido conseguir de los verdugos. Así pereció el imperio de Oriente, y la Iglesia de Dios reportó de ello bastante gloria. Roma había hecho los mártires, y Roma hacía los doctores; y así como el cuerpo místico de Jesucristo se había aumentado en los tormentos, así también la doctrina cristiana se desarrollaba y se desenvolvía con las contestaciones y controversias.

## SAN GREGORIO PRIMERO

La Iglesia, á la vez que sabe que ninguna persecución podrá prevalecer contra ella, conoce también que jamás dejará de ser perseguida. Es vencida la crueldad de Roma, y llegan después las felonías de Bizancio, los golpes de traición y las manos parricidas pagadas por la vil infamia. Desde Constancio hasta León el Iconoclasta se pasan cerca de cuatrocientos años de vejaciones, de insultos y de mentiras infames, además de la de-

vastación de los vándalos, los hunos, los godos y los lombardos. Los cristianos de Bizancio padecen en gran número el martirio por la fe de Roma. Pero en ese intervalo se aparece San Gregorio el Grande, patricio romano, el último de la Roma antigua que por su valor reunía en sí virtud y abnegación bastantes para morir, y por su incomparable dulzura era el primero de los nuevos reyes de la capital del mundo.

La supremacía imperial de Bizancio había dejado despoblada la Italia, que por esa misma causa quedó entregada á las continuas invasiones de pueblos extranjeros. Desde las almenas de algunas fortalezas que todavía la quedaban, y que por burla se llamaban las *guarniciones romanas*, se veía arder el país y su lastimosa devastación. Sus desgraciados habitantes, en medio de sus campos solitarios y destruídos, se encontraban esclavos y atados como si fueran animales. El gran valor de San Gregorio no podía ser mayor : veía marchar el mundo hacia su ruina, y, sin embargo, no rehusaba el sacrificio y el trabajo. Se esforzaba para impedir que Roma desapareciese, y sembraba desde lejos entre los bárbaros la semilla de nuevos pueblos católicos. Luchaba contra la peste, contra los temblores de tierra, contra los bárbaros herejes y los bárbaros idólatras, contra el paganismo, que, aunque muerto y hediondo, faltaba todavía enterrarle, y luchaba contra su propio cuerpo, agobiado de enfermedades, de tal manera que podía decirse que el alma de Gregorio era la sola y única que había enteramente sana en todo el

género humano. San Gregorio I es uno de los perfectos modelos de un príncipe cristiano; y en medio del hundimiento universal del principio regular de caridad, él se aparecía solo como su



Lámina 127.—Santa Escolástica se apareció después de su muerte á San Benito, su hermano. La santa, sostenida por tres ángeles, se encuentra acompañada de tres doncellas coronadas de flores, cada una de las cuales tiene una palma, y de los Apóstoles Pedro y Pablo, que invitan al santo á subir al cielo.—Cuadro de Le Sueur, en el Louvre, que data del siglo XVII.

rey, lleno de grandeza y de dignidad, y ejercía en toda su plenitud la autoridad real que, como en germen, estaba ya en las manos de San Pedro y pasó á Silvestre I. Si San Gregorio re-

husaba esta autoridad y ese cargo, todo perecía, y no había que buscar ni jefe de Estado, ni padre de familia, ni derecho social, porque toda autoridad y todo principio de moral y de justicia perecerían en manos de los eunucos y de los bandidos. Ninguno ejercía el poder supremo por vía legítima, y la fuerza era la que imperaba, la fuerza bruta, que se burla del derecho y de todo lo que se ríe la traición. El puñal antes que la espada y el veneno antes que el puñal son los medios legítimos para levantar y destruir los tronos; y al caerse y levantarse éstos, cuya duración á veces era de un solo día, aplastaban y oprimían la humanidad.

Gregorio hizo frente y combatió tantos males llevado del amor á los pueblos é inspirado por la grandeza sagrada de su dignidad, por la firmeza de su corazón y por los recursos inagotables que le proporcionaban su carácter y su genio. Principió por ofrecer la paz, continúa aconsejándola y enseñándola, y concluyó por establecerla. Levantó á Roma y la rodeó de murallas; y en medio de tantos cuidados no cesó, siguiendo la constante tradición de los Papas, de albergar á los peregrinos y de alimentar á los pobres, habiendo además transmitido á sus sucesores una política que le inmortaliza.

Con el fin de ayudar á Gregorio había Dios suscitado otra fuerza toda moral como la suya, y era San Benito, que había fundado su esclarecida orden. Gregorio éra monje benedictino, y á la sazón existían ya los monasterios de Subiaco, de Monte-

Cassino y algunos otros, protegidos por la santidad, por la abnegación y la pobreza contra los bárbaros. En esos lugares de soledad, donde nada había que perder, se había refugiado la ciencia, sobre todo la teología y los conocimientos referentes á la religión. Allí se escribían y se conservaban los libros, se formaban los santos, y de allí salían los hombres de mérito, y allí, en fin, se fabricaba y preparaba la fuerza moral y legítima á la que definitivamente vino á parar el imperio.

De esa manera la Iglesia, por el heroísmo y santidad de Gregorio I, recobró aliento y se preparó á resistir la furiosa locura del brutal é ignorante Isauro, que había llegado á ser emperador de Bizancio, y quiso destruir todas las imágenes de los santos. Esa fué la famosa herejía de los iconoclastas, á cuya piedad ofendían las santas imágenes, y las cuales, según ellos, contrariaban la ciencia y la verdad.

San Gregorio II venció por sus sucesores al emperador iconoclasta en virtud de la política y sistema de gobierno que había fundado un siglo antes Gregorio I, tan necesarios para esos tiempos de lucha. Sin tocar ni provocar derechos que él solo reconocía en Italia, y que todavía mantenía, opuso al emperador un derecho más superior que la imbecilidad y locura de los bizantinos se vanagloriaban de rechazar y anonadar. Para desgracia de los emperadores, dice un historiador, hombre competente, tenían entonces un asiento en la cátedra de San Pedro la virtud más extraordinaria y la sabiduría más profunda, pues por

espacio de ochenta años se sucedieron en Roma siete Papas tan venerables por su santidad como temibles por su rectitud y tacto político.

Esta preciosa cadena de oro, formada por siete Papas temibles por su prudencia y acierto de gobierno, pero venerados por su santidad, iba guiando al mundo hacia el gran Papa Adriano, amigo íntimo de Carlo-Magno, y en él terminó la época del poder absorbente de los emperadores, sistema político que indujo al Isáurico y á Coprónimo á decretar y definir artículos de fe. Después de esos siglos de sufrimientos y paciencia, los Papas debieron sacudir semejante servidumbre para salvar el pontificado, la religión, Roma é Italia.

San Gregorio I fué el que tomó el hermoso título con que suelen llamarse los Papas. Los emperadores bizantinos se cubrían y disfrazaban con pomposos títulos y protocolos que acusaban y denotaban la puerilidad y pequeñez de los señores de la tierra; Gregorio tomó por todo título el de siervo de los siervos de Dios, *servus servorum Dei*; porque por lo mismo que la dignidad y autoridad real se iban á presentar enteras é intactas en las manos de los Papas, ellos recordaban más públicamente que eran representantes de Aquel que «había venido para servir».

## CÓMO NACEN LAS NACIONES

Hacia fines del siglo VI, un monje romano, que había sido uno de los más grandes y nobles señores de Roma, vió puestos en venta en la plaza pública unos esclavos bárbaros cuya hermosura le causó admiración. Al momento se informó acerca de su procedencia, y supo que eran ingleses é idólatras; y después de haber dado libertad á un gran número de ellos, se retiró de allí, lamentándose de que criaturas tan hermosas estuvieran sometidas al demonio, y formando al mismo tiempo la resolución de rescatar de semejante esclavitud la nación toda entera de los ingleses. Muy pronto quiso él dejar su patria, su familia, atravesar los montes, surcar los mares y arrostrar la muerte para ir á llevar á los ingleses la luz y la libertad de Jesucristo; y fué necesario que Roma, asustada de perderle, se lo impidiese á viva fuerza; y para que ese hombre, tan necesario para su salvación, no la abandonase jamás, le elevó á la silla augusta y formidable en donde durante seiscientos años no se había secado aún la sangre de los pontífices martirizados. Este monje era el hombre de Dios á quien el reconocimiento y admiración del mundo han llamado San Gregorio el Grande.

Siendo ya Papa, no renunció San Gregorio al pensamiento que á favor de los ingleses le había inspirado su caridad; y no pudiendo ir él personalmente á predicarles el Evangelio, les en-

vió un apóstol escogido según su deseo, un monje del mismo convento adonde él se había ido para huir la gloria del mundo y de donde el mundo le había sacado para buscar la gloria de Dios. Acompañado ese mismo monje, llamado Agustín, de algunos hermanos de religión que, por su sabiduría y virtud, habían sido escogidos como él, salió de Roma para Inglaterra con el fin de destruir allí el culto de los ídolos, de enseñar la ley de Dios, de hacer respetar la vida del hombre, de combatir los vicios, y para llevar y conducir esa nación al seno de la familia cristiana. Las armas que al efecto llevaban fueron algunos libros de oración y algunas reliquias de mártires y la bendición papal.

Sin embargo de esa abnegación, los ingleses gozaban de tal fama de incredulidad, de ignorancia y de barbarie, que faltó el valor á los misioneros y se detuvieron en Provenza, no atreviéndose á entrar en el lugar de su misión, y pidieron al Papa que los dispensase de una empresa tan incierta y tan peligrosa; pero el Pontífice les encargó que, confiando en Dios, la llevasen adelante, sin temor á las fatigas, ni á las amenazas, ni á la muerte, y ellos obedecieron con sumisión.

Felizmente, y al contrario de lo que esperaban, encontraron un pueblo más dispuesto á bendecirlos que á maltratarlos. Eso no obstante, el jefe del país no quiso verlos la primera vez sino al aire libre, por temor de que, si los recibía y daba audiencia en su casa, le sorprendiesen por medio de alguna operación mágica. Por esa causa se dirigieron hacia él en procesión, lle-

vando la cruz y la efigie del Salvador, y le anunciaron la salvación. Después de haberles oído, ese bárbaro cacique les dirigió palabras que recomendamos á los ingleses doctos y civilizados del siglo actual, quienes podrán verlas en Beda, el padre de su historia y casi contemporáneo de San Gregorio. «Vuestras promesas son bellas, pero son nuevas é inciertas, y, por lo tanto, yo no puedo asentir á ellas y abandonar la religión que he observado hace mucho tiempo con todo mi pueblo. Sin embargo, puesto que vosotros habéis venido de muy lejos para participarnos lo que vosotros creéis verdadero y mejor, desde luego es mi voluntad recibirlos y daros todo lo que sea necesario para vuestra existencia, y nosotros no os impediremos de ganar para vuestra religión todos aquellos á quienes vosotros podáis persuadirselo.» Les dió un lugar para establecerse en su misma capital, que después fué Cantorbery, y allí predicaron y vivieron libremente; dos años después, el 598, el Papa San Gregorio escribía á San Eulogio, Patriarca de Alejandría: «La nación de los ingleses estaba en la infidelidad, adorando los árboles y las piedras. Yo he enviado allí un monje de mi monasterio, al cual, con facultad mía, han consagrado obispo los obispos de los germanos (reinos de los francos), y ellos han procurado conducirlo á dicha nación, al extremo del mundo, y acabamos de recibir noticias del feliz éxito de sus trabajos; porque ha hecho, así él como los que le acompañaban, tantos milagros, que parecen aproximarse á los de los Apóstoles, y hemos sabido

»que en la última festividad del Año nuevo ha bautizado nuestro  
»hermano y coepiscopo más de diez mil ingleses.» Entre esos  
bautizados se encontraba el rey Ethelberto, á quien la Iglesia  
cuenta en el número de los santos. La nación de los ingleses no  
había sido hasta entonces más que una confederación de hor-  
das salvajes, y aquel día nació la poderosa y gran Inglaterra.

San Gregorio no abandonó su obra, y sus sucesores en la  
Cátedra apostólica la continuaron con el mismo celo y amor.  
No hay nación que deba tanto como Inglaterra á la Iglesia ro-  
mana, pues ella la sacó de las tinieblas, la elevó, la protegió y  
le ha dado ese temple tan sólido y esa robustez social que ha  
podido resistir por espacio de tres siglos á la herejía, único  
ejemplo en la historia. Nada más conmovedor ni tan perseve-  
rante como la solicitud de los Papas para acabar y perfeccionar  
la obra de la civilización de Inglaterra, y ni la misma ternura  
maternal, tan vigilante é ingeniosa, tiene tantos tesoros de mise-  
ricordia y de perdón. Bien sabe el mundo entero cuál fué el  
fruto glorioso de tanta caridad, pues gracias al celo de los obis-  
pos enviados por los Papas é instituidos por ellos, y que no  
perdonaron ni sudores, ni su sangre, ni sacrificio alguno, pudo  
la nueva nación católica llenarse de monasterios y de escuelas;  
frecuentes concilios decretaron la abolición de las supersticiones  
y de las leyes bárbaras, reemplazándolas por las luces y por la  
legislación cristiana; la piedad reemplazó á la ferocidad en el  
trono, y así las ciencias como las artes hicieron rápidos y asom-

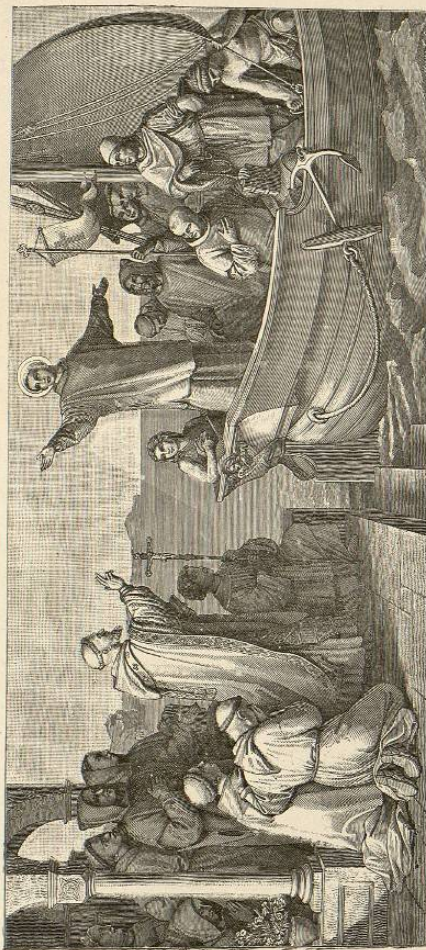


Lámina 128.—San Bonifacio, de nación inglés, fué á Roma á recibir del papa Gregorio II las facultades necesarias para evangelizar la Alemania. El papa Gregorio III escribió á San Bonifacio que, después de Dios, se debía á él y á Carlos Martel, rey de los francos, la conversión de cien mil paganos.—Fresco de Enrique de Hess, en Múritch, según consta en la *Vida de San Bonifacio*, un volumen. París, Schulgen.

brosos progresos. Ciento treinta años después de haberse instalado el monje San Agustín en Cantorbery, el venerable Beda, uno de los hijos de aquellos bárbaros que se habían convertido, era ya reputado como una de las lumbreras del mundo, y ocupaba un lugar en el augusto rango de los doctores de la Iglesia; y otro varón insigne, San Bonifacio, devolviendo á la Iglesia lo que su raza y su país habían recibido de ella, llegó á ser el tipo más acabado de los misioneros y conquistó para Jesucristo una gran parte de la Alemania, que era á la sazón pagana.

En medio de todas las vicisitudes políticas y de todas las revoluciones sociales, la Inglaterra había llegado á ser la *Isla de los Santos*; y recompensando Dios á ese gran pueblo, que antes que todo buscaba el reino del cielo, le había libertado de la miseria. No había en la Isla de los Santos más que pobres voluntarios por amor á esa virtud, y á ninguna criatura hecha á la imagen de Dios faltaban allí amigos y alimento. Las invasiones mismas, llevando en pos de sí guerras y trastornos, no causaban jamás en esa tierra de bendición el hambre ni la peste, que son como la secuela de las guerras; y eran tales y tan grandes en ese país la fuerza é influencia de las instituciones católicas, que triunfaban del orgullo de los vencedores y concluían por someterlos al suave yugo de la caridad. Durante los quinientos años de guerra civil casi no interrumpida que se siguieron á la conquista, los monjes cultivaron la tierra, la llenaron de monumentos magníficos, instruyeron al pueblo y le inspiraron esa sabidu-

ría y respeto al principio de autoridad y ese amor tan laudable de la tradición que ha mantenido hasta el presente á la Inglaterra en el rango de las primeras naciones del mundo. La Iglesia llevaba á cabo todas esas obras y prestaba todos esos servicios sin desmayar jamás, aunque no dejó de ser inquietada y de encontrar grandes dificultades; y si se estudian todas las luchas que tuvo que sostener, se verá que en el fondo eran esfuerzos de la civilización contra la barbarie.

Ese magnífico y hermoso edificio, levantado por el espíritu generoso y civilizador de la Iglesia romana, fué invadido hace tres siglos por el genio destructor de la herejía, la misma bajo diferente nombre y bajo nuevas formas que había ya destruído la civilización del Oriente y la del África. Un rey cristiano, á quien sus brutales pasiones le rebajaban hasta la condición de los antiguos jefes del paganismo, y que á todo trance quería sacudir el yugo del Evangelio, echó mano de los tormentos y suplicios para arrancar á las Iglesias de Inglaterra de la comunión con la Iglesia principal de Roma. Desgraciadamente así lo consiguió, y durante el largo período de trescientos años, la nación de los ingleses, hallándose en el apogeo de su prosperidad y de su riqueza, parecía haber retrogradado á los tiempos bárbaros del rey Ethelberto y del monje Agustín.